ADMINISTRACION
LÍRICO-DRAMÁTICA

¿QUIÉN SE CASA?

JUGUETE CÓMICO EN DOS ACTOS Y EN PROSA

DE

MARIANO PINA DOMÍNGUEZ

MADRID
CEDACEROS, 4, 2.° IZQUIERDA
1889

¿QUIÉN SE CASA?

¿QUIÉN SE CASA?

JUGUETE CÓMICO EN DOS ACTOS Y EN PROSA

DE

MARIANO PINA DOMÍNGUEZ

Estrenado en Madrid en el Teatro LARA, el 20 de Noviembre de 1889.

MADRID
IMPRENTA DE JOSÉ RODRÍGUEZ
ATOCHA, 100, PRINCIPAL

1889

PERSONAJES		ACTORES
DOÑA ROSARIO	SRAS.	VALVERDE.
JACINTA	»	DOMÍNGUEZ.
MERCEDES	»	BLANCO.
PEPITA	»	CRUZ.
UNA CRIADA	»	LASHERAS.
D. ANICETO	SRES.	TAMAYO.
ANDRÉS	»	RUBIO.
ENRIQUE	»	ARANA.
EL TÍO PEDRO	»	TOJEDO,
EL TÍO SEBASTIÁN	»	ROBLEDO.
EL JUEZ DE PAZ	»	CAPILLA.
SECRETARIO	»	LINARES.

Entiéndase por derecha é izquierda las del actor.

A FEDERICO TAMAYO

¿QUIÉN SE CASA? *La pusiste,*
Y así la representaste,
Y con ella te luciste.
Tú solo la bautizaste
Y yo te la dediquiste.

M. Pina Domínguez.

Madrid.—Noviembre, 1889.

ACTO PRIMERO

Sala decentemente amueblada, puertas laterales y al foro. Sobre la pared varios cuadros al óleo con figuras desnudas.

ESCENA PRIMERA

DOÑA ROSARIO y MERCEDES

(Ambas limpian y arreglan la habitación, DOÑA ROSARIO pega con cola la pata de una butaca.)

ROSARIO. No des muy fuerte con los zorros sobre el sofá, porque se desfilacha todo.

MERC. Ya lo sé, mamá.

ROSARIO. Ni muevas mucho las sillas porque son de mírame y no me toques.

MERC. No tengas cuidado.

ROSARIO. Por más que encolo esta pata no consigo nunca que quede bien, ¡Qué ganas tengo de cambiar el mobiliario! Pero ahora los muebles andan por las nubes, y no estamos en situación de gastar un capitalazo.

MERC. Todavía tienen estos muy buena cara.

ROSARIO. Sí, la cara es buena, pero los hechos... Por supuesto desde que me casé, y de eso hace ¿cuántos años? ¡Es-

tamos en el setenta y cuatro... veinte! ¡Eso es! No he tocado á la sala. Luégo quedé víuda, y como mi marido puso la casa, cada trasto tiene un recuerdo para mí. Sobre estas butacas pasó nuestra luna de miel. En este sofá nos juramos mil veces amor eterno, y estas sillas fueron testigas de nuestra dicha.

MERC. Ya lo sé, mamá.

ROSARIO. ¡Quién había de decirme que más adelante me vería obligada á alquilar el gabinete y la alcoba para poder vivir! Entonces me sobraba todo, y ahora no me sobra nada. La viudéz nos ha partido, hija mía. Si algún día te casas, no enviudes. Muérete primero.

MERC. Vamos, mamá. No hay por qué apurarse de ese modo. Tenemos lo suficiente para vivir con desahogo.

ROSARIO. Eso sí. Gracias á Dios no carecemos de lo necesario. Con lo que nos produce el alquiler de estas habitaciones y tu trabajo de aguja, el cocido no nos falta, pero la que vivió en la abundancia... ¡En fin qué hemos de hacer! ¡Vaya! Todo está más limpio que una patena. Ya puede venir el nuevo huésped cuando quiera.

MERC. Don Andrés nos prometió traerle hoy mismo.

ROSARIO. Y lo traerá; Andresito no miente nunca. ¡Lástima de muchacho! Yo le quiero como una madre.

MERC. Y yo también.

ROSARIO. ¿También como una madre?

MERC. Como un hermano, mamá.

ROSARIO. Naturalmente. ¡Ha vivido en nuestra compañía durante ocho años!

MERC. Siempre tan servicial, tan amable...

ROSARIO. ¡Y tan buena paga! Era un reloj. No sabes tú lo que perdemos.

MERC. Si no hubiera pensado casarse, no habría salido nunca de aquí.

ROSARIO. Claro está. Pero el muy pícaro decidió hacerlo, y mañana mismo consuma la suerte, marchándose á vivir con su nueva familia.

MERC. En cambio no has necesitado anunciar, como otras veces, «una señora viuda cede sala y alcoba decentemente amuebladas.»

ROSARIO. Es verdad.

MERC. Porque don Andrés nos ha buscado un amigo que le suceda...

ROSARIO. En las mismas condiciones Con tal que ese amigo no sea un pillastre y cumpla como es debido...

MERC. Siendo cosa de don Andrés...

ROSARIO. ¡Calla! Creo que ha entrado alguien...

MERC. Ellos deben ser, mamá.

ESCENA II

DICHOS, ANDRÉS y ENRIQUE

ANDRES. Pasa por aquí, Enrique. ¡Hola! Buenos días.

ROSARIO. Muy buenos días, don Andrés.

ANDRES. Tengo el gusto de presentar á usted á su nuevo huésped, mi amigo Enrique Zisneros. Doña Rosario, tu patrona desde este momento, y su hija Mercedes, que como ves, resulta encantadora.

ROSARIO. Tengo mucho gusto, caballero, en conocer á usted. Y basta que le traiga Andresito, para que lo tratemos como de la familia. Saluda, hija mía.

MERC. Tenemos mucho gusto en conocer á usted.

ENR. Mil gracias, señorita.

ROSARIO. Ya le habrá dicho á usted don Andrés que esta no es una casa de huéspedes. ¡Virgen María! ¡Dios nos libre! Nosotras somos unas señoras, ¿sabe usted? y nunca hemos cedido nada á nadie; pero la muerte de mi esposo, que esté en gloria, nos dejó algo atrasadas y la necesidad nos indujo á...

ANDRES. ¡Sí, sí! Enrique lo sabe todo.

ENR. Y precisamente buscaba hace tiempo una familia decente y honrada como ustedes, con la cual pudiese vivir. Estoy harto de fondas y de correr de ceca en

meca. Aquí al menos me tratarán ustedes con cariñosa solicitud, y si alguna vez caigo enfermo...

ROSARIO. ¡Oh! No hable usted de eso. Mi hija y yo nos desvelaríamos por cuidarle. Ya lo ha visto don Andrés. No quisiera más sino que cayese usted con una pulmonía ó cualquier otra friolera, para que usted nos probase.

ENR. ¡Demonio! Prefiero no hacer la prueba.

ROSARIO. Es un decir, ¿sabe usted?

ANDRES. Aquí tienes tus habitaciones. La sala, la alcoba y un tocadorcito.

ROSARIO. Por lo demás, el resto está á su disposición. Cuando usted quiera, pasa al gabinete de allá dentro, al comedor, en fin, donde usted guste.

ENR. Bueno, bueno. Pronto traerán mi equipaje. Ya he dado las señas de mi nueva casa por si alguien me buscase, y en cuanto al precio y condiciones, acepto las de mi antecesor.

ROSARIO. Corriente. Todo está dicho. Vamos, niña. Ahora le traeré á usted agua caliente por si quiere lavarse. Aquí no somos ricas, pero limpieza... los chorros del agua... ¡Vaya! Hasta luégo. Conque al fin mañana... ¿eh? (A Andrés.) Que sea para muchos años. Saluda, niña.

MERC. Hasta luégo. Si necesita usted algo, puede usted llamar.

ROSARIO. (Es muy simpático. Veremos si paga como el otro.) (Vanse por la derecha.)

ESCENA III

ANDRÉS y ENRIQUE

ANDRES. ¿Qué tal? ¿Te gusta doña Rosario?

ENR. Mucho. Y su hija también.

ANDRES. ¡Ah, tunante! Te prevengo que es muy honrada.

ENR. No hay cuidado. Ya sabes que estoy tan lejos de la Vicaría como tú cerca.

ANDRES. Olvidaba tu horror al matrimonio.

ENR. Antes muerto que casado. ¿Qué quieres? Cada cual tiene sus caprichos.

ANDRES. Yo en cambio adoro el yugo, y creo que no hay en la tierra mayor felicidad.

ENR. Mañana realizas tu sueño, y sin embargo te hallo nervioso, agitado... ¿Qué diablos te pasa?

ANDRES. ¡Ay, Enrique! Me pasa una cosa gravísima que me tiene muy inquieto.

ENR. ¿Relativa á tu futura?

ANDRES. No. Pepita es un ángel. Mi suegra un serafín, y mi suegro un imbécil. Por ese lado estoy tranquilo.

ENR. Entonces...

ANDRES. Lo que me apura se refiere á mi tío.

ENR. ¿Tu tío Sebastián? ¿El de Valladolid?

ANDRES. ¡Cabal! Allí vive hace muchos años, viudo tres veces y sin descendencia. Mi tío me manda una pensión para que continúe la carrera de artista.

ENR. ¡Ah! ¿Tú eres artista?

ANDRES. Sí, pintor.

ENR. No sabía nada.

ANDRES. Ni yo tampoco. Mi tío es el que lo sabe. Esos cuadros que ves ahí, los he comprado por si mi tío viene alguna vez. Para mi tío pinto, pero para mí me como la pensión. Como al fin he de heredarle, no procuro crearme un porvenir. Yo me digo: el porvenir está creado, y me divierto en grande. Pues bueno: mi tío no consiente ni consentirá nunca en que yo me case.

ENR. ¡Calla! ¡Lo contrario del mío!

ANDRES. ¿Eh?

ENR. Ahora te explicaré.

ANDRES. Mil veces me ha dicho que si cometo el crimen de casarme, me deja por puertas. Como le fué tan rematadamente mal con sus tres mujeres...

ENR. Y tú para obedecerlo te casas mañana.

ANDRES. Pero mi tío lo ignora. No le he escrito la menor palabra. Al revés. Le digo que me divierto, que tengo

muchos belenes y que soy un gran calavera. Qué quieres. Á mi me ha dado por el matrimonio. El hombre sin esposa es un árbol sin sombra. Yo deseo tener sombra. Si mi tío llega á saberlo antes de que mi boda se realice, me rompe desde luego la crisma, porque es algo bruto; y en seguida pensionem volaberum, y herencia perduti, y matrimonio descompuesti.

ENR. ¡Já, já, já!

ANDRES. En cambio, diciéndoselo cuando ya no tenga remedio, es probable que me perdone. Un tío perdona siempre.

ENR. ¿Y temes acaso que se entere de todo antes de tiempo?

ANDRES. ¡Ya lo creo! Una carta, un aviso indiscreto, cualquier incidente... Te aseguro que hasta la celebración de la boda estoy con el alma en un hilo. Por fortuna, no temo que asome por aquí las narices. Apenas si ha venido á Madrid dos ó tres veces en cuarenta años. Por ahí estoy tranquilo.

ENR. Entonces no hay que apurarse. Te casas, se lo escribes y santas páscuas. Pero chico, nuestros tíos son de un carácter diametralmente opuesto. El mío, ya sabes, mi tío Pedro, el de Quintanilla, se empeña en casarme á todo trance.

ANDRES. Ese es un tío. Así comprendo yo á los tíos.

ENR. Hombre de pueblo, casi un palurdo, bonachón y confiado, allá en Quintanilla es regidor y posee muchas tierras, con cuyos productos se empeña en hacerme hombre de provecho.

ANDRES. ¿Pero tú eres hombre de provecho?

ENR. Naturalmente. Abogado.

ANDRES. No lo sabía.

ENR. Ni lo sabe nadie. Yo hago lo que tú. Vivo de mi tío, y vivo tan campante.

ANDRES. (Dándole la mano.) Esos sentimientos nos honran.

ENR. Yo he roto ya tres bodas.

ANDRES. ¿Eh?

ENR. Sí. He fingido romperlas. Así entretuve á mi tío larga temporada... Ahí tengo sus poderes, su consen-

timiento; en fin, sólo necesito la novia y el cura.

ANDRES. Lo principal.

ENR. Por último, mi tío me fijó un plazo.

ANDRES. ¡Hola!

ENR. Diciéndome: si para fin de año no has entrado en el santo gremio, te cojo, te traigo al pueblo y aquí te caso, quieras que no quieras.

ANDRES. ¡Y estamos en Diciembre!

ENR. ¡Cabal! Y espero á mi tío de un momento á otro.

ANDRES. ¿Va á venir?

ENR. Lo supongo.

ANDRES. ¿Y qué piensas hacer?

ENR. Todo, antes que abandonar la Corte. Hasta soy capáz de decirle que me he casado.

ANDRES. Vea usted. Si pudiéramos cambiar de tíos como de camisa, éramos dichosos.

ENR. Pero díme: ¿tu nueva familia conoce la existencia del tuyo?

ANDRES. Ellos saben que lo tengo y que es muy rico; pero ignoran el resto.

ENR. ¿Y no les extrañará que continúe en Valladolid el día de tu boda?

ANDRES. No, porque les he dicho que está desterrado por causas políticas y que no puede acercarse á Madrid en sesenta leguas á la redonda.

ENR. ¿Y tu suegro, tragó la píldora?

ANDRES. Ya te he dicho que es un imbécil.

ESCENA IV

DICHOS y ANICETO

ANIC. Felices, señor yerno.

ENR. (En nombrando al ruín de Roma...)

ANDRES. Adelante, papá suegro.

ANIC. Felices... ¡Caballero!

ANDRES. Tengo el gusto de presentar á usted á don Enrique

Zisneros, abogado mi mejor amigo y principal testigo de mi boda. Mi futuro suegro.

ANIC. Tengo mucho gusto... ¿Usted bueno, eh?

ENR. Un poco constipado, pero eso no es nada.

ANIC. Cuídese usted. Un amigo mío murió de eso hace poco.

ENR. (¡Qué bárbaro!)

ANIC. Pues has de saber que mi mujer y mi hija se han empeñado en visitarte.

ANDRES. ¿Á mí?

ANIC. ¿Te extraña? ¡Qué quieres! Un capricho. La niña no ha visto nunca un estudio de pintor, y es claro: ella dice: más vale ver el de mi futuro que el de un extraño.

ANDRES. Pero si yo no tengo estudio.

ANIC. ¿Pues no nos has dicho que trabajas sin descanso?

ANDRES. Sí, señor. En el de un amigo.

ANIC. ¡Ah! Sin embargo, por aquí veo algunos cuadros.

ANDRES. Eso no vale nada.

ENR. ¿Cómo que no? Son obras maestras. Mire usted, mire usted.

ANIC. ¿Á ver? ¡Demonio! ¿Qué género es este?

ANDRES. Estudios del desnudo.

ANIC. ¿Del desnudo? ¡No! La verdad es que á mí me gusta mucho este género, pero mi mujer no me lo permite. Valdrá más que cuando te cases te dediques á pintar árboles, flores...

ANDRES. Frutos, legumbres...

ANIC. Animales...

ENR. Puedes hacer el retrato de este caballero.

ANIC. Y el de mi mujer.

ANDRES. Corriente.

ANIC. (Otro cuadro.) Pero hombre, hombre.

ANDRES. ¿Qué?

ANIC. Esta figura es indecente.

ANDRES. Es un cuerpo, papá.

ANIC. Justo. Sin vestir.

ANDRES. ¡Naturalmente! Es preciso antes hacer el cuerpo. Luégo se viste.

ENR. Eso es. Se le lleva al sastre.

ANIC. Bien, bien. Si á mí me gusta, me gusta mucho el género... pero mi esposa... En fin... Conque ya sabes, mañana á las once, ¿eh?...

ANDRES. ¡Hora felíz!

ANIC. Crea usted, caballero, que se lleva una perla. No es porque sea mi hija, no señor; pero sin alabarla, es guapa, hacendosa, discreta... un ángel... sin alabarla... Pocas Pepitas encontrará usted como mi hija...

ENR. Sin alabarla...

ANIC. ¡Eso es! Si permanece usted aquí un rato, tendrá usted el honor de conocerla. Yo me adelanté un poco para prevenirte, porque en fin, aunque no dudo de la pureza de tus costumbres, un padre debe preveerlo todo.

ANDRES. ¡Don Aniceto!

ANIC. ¡No te ofendo! Pero soy padre... Ponte en mi lugar... ¿Qué harías tú?

ANDRES. Ser padre, lo mismo.

ANIC. ¡Calla!. Ya creo que están aquí.

ESCENA V

DICHOS, DOÑA JACINTA y PEPITA.

ANDRES. ¡Mi adorada Pepita! ¡Querida mamá suegra!

JACINTA. (Llorando.) ¡Oh, amigo mío, amigo mío! ¡Qué pena tan grande!

ANDRES. ¿Ocurre algo, señora?

JACINTA. ¡Criarla, educarla y que se la lleve usted!... (D. Aniceto vuelve contra la pared los cuadrss.)

PEPITA. ¡Por Dios, mamá, no llores así!

ANDRES. ¡Pero doña Jacinta, eso es lo natural!

JACINTA. No señor, no es natural. Una hija nunca debía salir del regazo materno.

ANDRES. Entonces no habría familia, señora.

JACINTA. ¿Y á mí qué me importa? ¡Hija mía de mi alma! (Viendo á Enrique.) Dispense usted, caballero... Ni le había visto siquiera.

ANDRES. Don Enrique Zisneros, testigo de mi boda.

JACINTA. (Llorando mucho.) ¡Hija mía de mi corazón!

ANIC. ¡Por las Once mil Vírgenes! Así está hace dos meses...

ENR. No comprendo tamaña aflicción... Andrés adora á su hija de usted... y la hará dichosa.

ANIC. Eso es lo que yo digo.

JACINTA. Sí señor, es mucha verdad; pero no puedo remediarlo.

PEPITA. ¿Y es este tu estudio?

ANDRES. No. Trabajo en el de un amigo. Estas son mis habitaciones.

PEPITA. ¡Ah! Nosotros creíamos que pintabas aquí.

ANDRES. En ninguna parte. Digo, eso es. En otra parte.

PEPITA. ¿Pero tendrás siquiera algunos cuadros?

ENR. Sí señora. Mire usted. ¡Calla! Quién los ha vuelto?

ANIC. He sido yo. Son cuadros, hija mía, que no debes ver hasta que te cases.

PEPITA. ¿Por qué?

ANIC. Porque son estudios desnudos.

PEPITA. ¡Ya! ¿No son como los paisajes que pintaste para mí?

ENR. (Á Andrés.) ¿Has pintado paisajes?

ANDRES. Los compré también. (Alto.) ¡No! Son figuras.

ENR. Figuras al natural.

JACINTA. ¿Por manera que aquí es donde usted vive?

ANDRES. Sí señora. Hasta mañana. Sala, alcoba y tocador.

PEPITA. ¿Sientes abandonarlas?

ANDRES. ¡Al contrario! Lo deseo con toda mi alma.

ANIC. Vaya. Puesto que nada hacemos aquí, vamos á comprar esas frioleras que decíais.

ANDRES. Les acompañaré á ustedes.

JACINTA. Hemos pensado convidar á muy poca gente.

ANDRES. Bien hecho,

JACINTA. El matrimonio civil lo celebramos en familia. ¡Como ahora es preciso! El juez municipal es primo de Aniceto

y nada nos cuesta que venga á casa. De modo que estaremos solos.

ANDRES. Lo apruebo. Así hay menos bulla.

ANIC. Y menos dulces.

JACINTA. En cambio, convidaremos para ir á la iglesia á medio mundo. ¡Pobre hija de mis entrañas!

ANIC. ¿Otra vez? Adiós, caballero. (Á Enrique.) Ya sabe usted, á las once en punto. Apropósito. ¿Y el otro testigo?

ANDRES. Continúa fuera. Tiene mareos y palpitaciones. No sé si vendrá.

ANIC. Que se cuíde. De eso murió un amigo mío.

JACINTA. Beso á usted su mano.

ENR. No hay que apurarse, señora.

JACINTA. ¡Es más fuerte que yo!

ANIC. Sí; le da siempre muy fuerte.

ANDRES. (Á Enrique.) ¿Te quedas?

ENR. Aguardo el equipaje.

ANDRES. Hasta luégo.

ENR. ¡Adiós, felíz mortal! (Vnnse.)

ESCENA VI

ENRIQUE, luégo DOÑA ROSARIO

ENR. ¡Já, já, já! ¡Bonita suegra! Es una Magdalena. ¡Buena música le aguarda al pobre Andresillo!

ROSARIO. Aquí tiene usted el agua caliente.

ENR. Muchas gracias.

ROSARIO. Ahora vendrá la niña á terminar el arreglo de la alcoba. ¡Ah! Si cuando usted se acueste siente crugir la cama, no se asuste usted. Parece que se cae y se cae,.. pero raras veces sucede eso. ¡Si viera usted qué ganas tengo de mudarlo todo! ¿Pero y don Andrés?

ENR. Salió hace un momento.

ROSARIO. Es verdad. Como siempre dejamos la puerta entornada, no nos hacemos cargo. Y diga usted, ¿conoce usted á la novia?

ENR. Acabo de verla aquí mismo.

ROSARIO. ¿Ha estado aquí?

ENR. Ahora, con sus padres.

ROSARIO. ¡Jesús María! Y yo sin enterarme. ¿Es guapa?

ENR. Preciosa.

ROSARIO. Y diga usted, ¿tiene algo?

ENR. ¿Cómo?

ROSARIO. ¿Qué si tiene capital?

ENR. Creo que sí señora.

ROSARIO. ¿Es rica? más vale así. Y diga usted. ¿Es hija única?

ENR. Lo ignoro.

ROSARIO. Como á mí no me gusta preguntar nada, no me he enterado todavía. ¿Quiere usted alguna cosa?

ENR. Mil gracias.

ROSARIO. Ahora vendrá la niña para... Se nos fué ayer la chica y estamos solas como quien dice. ¡Ah! No se siente usted en esa butaca, porque se va usted á estrellar. ¡Vaya! Cuando quiera usted asomarse al balcón, por allá dentro, ya sabe usted. Con mucho gusto (*Vase.*)

ESCENA VII

ENRIQUE y luégo PEDRO

ENR. Esta buena señora debe ser algo entrometida. Y mi equipaje sin parecer. ¿Habrán equivocado las señas? Creo que lo mejor es enterarse, no haga el demonio que... (*Va á salir y al mismo tiempo entra Pedro y le abraza.*)

PEDRO. ¡Sobrino mío!

ENR. ¿Eh?

PEDRO. ¡Soy yo! ¡Tu tío Pedro!

ENR. (¡San Francisco!)

PEDRO. ¡Pero qué guapetón estás! ¡Y cómo te has estirao desde hace tres años!

ENR. ¿Usted? ¿Usted en Madrid? (Ya lo esperaba.)

PEDRO. Cabales. Y sin avisar. ¡Pero aprieta, condenado!

ENR. ¡Tío de mi alma!

PEDRO. Me fuí á tu otra casa, á la fonda, y me dijeron: ¿pues no lo sabe usted? ¡Si se ha mudao! ¡Ya me lo figuraba yo! Contesté, y en seguida me dieron las señas.

ENR. ¡Ahora comprendo!

PEDRO. ¡Ah! Tengo que darte una buena noticia. Me han elegío alcalde.

ENR. ¿Qué me cuenta usted?

PEDRO. Y hemos mudao todo el municipio.

ENR. ¿De verás?

PEDRO. Hay que foguear la administraoión de vez en cuando. Pues por eso, y por... aquello, ya te acuerdas, decidí mi viaje. Te advierto que me marcho mañana mismo.

ENR. ¿Mañana?

PEDRO. Mañana. Quintanilla no puede estar sin alcalde más de veinticuatro horas. Conque al grano. El plazo va á cumplir en breve. ¿Te casas ó no te casas?

ENR. ¡Pero tío!

PEDRO. ¡Nada, nada! Bastante hablamos sobre el particular. No hay que repetir. Me juraste darme gusto para fin de año. Ó cumples tu palabra, ó te vienes mañana al pueblo y allí te buscaré lo que te hace falta.

ENR. ¿Al pueblo? (Y será muy capáz de obligarme.)

PEDRO. Ya voy siendo viejo y no quiero morirme sin verte colocao.

ENR. (¡Valiente compromiso!)

PEDRO. Conque al grano y clarito.

ENR. Pues diré á usted. Yo... la... (Se marcha mañana.) ¿Dice usted que mañana sin falta abandona Madrid?

PEDRO. ¡No hay más remedio!

ENR. Entonces... (¡Valor, qué demonio!) Entonces, querido tío, puede usted marcharse solito, porque yo he cumplido mi palabra.

PEDRO. ¿Eh? ¿Cómo? ¿Qué dices?

ENR. Que he cumplido mi palabra.

PEDRO. ¡Jesucristo! ¿Te has casado?

ENR. Ayer.

PEDRO. ¿Pero es eso posible?

Enr. Y tan posible.

Pedro. ¿Sin decirme nada?

Enr. Diré á usted. Como tres veces he anunciado á usted que me casaba y las tres bodas se han roto, no quise anunciar la cuarta con anticipación, temiendo que ocurriese lo mismo.

Pedro. Bien pensado.

Enr. Quería sorprenderle á usted, así... de rondón.

Pedro. Pues mira. Me dió en la naríz.

Enr. ¿Sí? (No la tiene muy fina.)

Pedro. Cuando me dijeron en la fonda que te habías mudado, exclamé yo: ¡Tate! Casorio tenemos.

Enr. ¿Usted dijo eso?

Pedro. Como que me lo daba el corazón. Chico chico, ¿y sabes que la casa es buena?

Enr. Sí, pero muy pequeña. Será imposible que duerma usted aquí.

Pedro. No importa. Me iré á *Los Leones*, que es mi fonda. Pero díme: ¿dónde está tu mujer? Estoy deseando conocerla.

Enr. Pues diré á usted...

ESCENA VIII

DICHOS y MERCEDES con una manta de cama.

Merc. ¿Se puede?

Pedro. (¡Ya la veo, ya la veo!)

Enr. (¡Mercedes!)

Pedro. Adelante.

Merc. Buenos días. (Deja la manta en una silla.)

Pedro. ¡Ay, qué reteguapa es y qué graciosa!

Enr. (Sudo como un pollo.)

Merc. Usted es...

Pedro. Pedro. El tío Pedro.

Enr. Cabal; mi tío Pedro.

PEDRO. ¡Ah, picarón! ¡Qué buen regalo te llevas! Pero díme, hija mía, ¿cómo te llamas?

MERC. Mercedes.

PEDRO. ¡Cuánto me alegro! ¿Y fué ayer, eh?

MERC. ¡Ayer!

PEDRO. Digo que desde ayer os habéis juntao.

MERC. No, señor, desde hoy.

PEDRO. ¿Por qué me has dicho desde ayer, galopín?

ENR. Justo, desde ayer,.. digo, desde hoy. Pero usted estará cansado y necesitará... Vámonos al café. Tomará usted alguna cosita.

PEDRO. Aguarda, hombre, aguarda. La noticia me ha producido tal alegría, que se ha disipao todo el cansancio.

ESCENA IX

DICHOS Y DOÑA ROSARIO

ROSARIO. ¿Pero qué haces por aquí tanto tiempo?

ENR. (¡Anda salero!)

PEDRO. Felices, señora.

ROSARIO. Muy buenos días.

PEDRO. ¿Es tu suegra, verdad? (Aparte.)

ENR. ¿Eh?

PEDRO. ¿Es usted su madre, señora?

ROSARIO, ¿De quién?

PEDRO. De esta rosa de Mayo.

ROSARIO. Servidora de usted.

PEDRO. Que sea por muchos años.

ENR. Mi tío Pedro; ese tío de quien tanto he hablado á usted.

ROSARIO. ¡Ah! ¿Este señor es?... (Nunca me dijo una palabra.)

PEDRO. El mismo.

ROSARIO. Tengo un gran placer en conocerle á usted.

PEDRO. Muchas gracias.

ROSARIO. Siéntese usted.

PEDRO. Con mil amores. (Se sienta en la butaca.)

ROSARIO. ¡No, ahí no!

PEDRO. Aquí estoy bien, señora. (*Se sienta y cae al suelo al vencerse la butaca.*) ¡Caracoles!

ROSARIO. ¿Lo ve usted? ¡Si esa pata nunca se pega!

MERC ¿Se ha hecho usted daño?

PEDRO. No, no señora.

ROSARIO. ¡Si viera usted qué deseos tengo de cambiar el mobiliario!

PEDRO. El mobiliario no diré yo; pero esta butaca debía usted haberla cambiado antes.

ROSARIO. (*Acercando una silla.*) Siéntese usted aquí... No, no se siente usted tampoco. (*Acerca otra.*) En esta no hay cuidado.

ENR. Pero tío, ya es muy tarde, y...

PEDRO. Aguarda. ¿Qué prisa tienes?

ROSARIO. Dice bien; deje usted que descanse. (*Se sientan.*) ¡Vaya, vaya! ¿Quién había de decirnos?...

PEDRO. Figúrese usted, señora, que yo no sabía nada. ¡Este pícaro no me había dicho una palabra!

ROSARIO. ¿Es posible? ¿Y habrá usted ido quizás á la otra casa?

PEDRO. Justamente. Y en cuanto me dijeron se ha mudado, me dió en la naríz...

ROSARIO. ¡Ah! Le dió á usted... (¿Qué le daría en esa parte?)

PEDRO. Pero en fin, lo principal es que esté bien establecido.

ROSARIO. Eso es lo principal. Un hombre solo no puede pasarlo bien en una fonda.

PEDRO. Y sin familia, señora. El hombre sin familia no es hombre. Pero vamos á ver, ¿es sola?

ROSARIO. ¿Quién?

PEDRO. ¿Digo que si es hija única?

ROSARIO. Sí señor.

PEDRO. Me alegro. ¿Y qué es su padre?

ROSARIO. Cadáver.

PEDRO. ¿Qué destino es ese?

ROSARIO. ¡Que se ha muerto!

PEDRO. ¿Quién se ha muerto?

ROSARIO. Su padre, mi marido.

Pedro. ¡Ah! Como decía usted cadáver.
Rosario. Pues por eso.
Pedro. Es huérfana de padre. ¡Así me gusta!
Rosario. ¡Pues á mí no!
Pedro. ¿Y hace mucho que se arregló esto...?
Rosario. ¿El qué?
Pedro. Lo de mi sobrino.
Rosario. Hace seis ú ocho días.
Pedro. ¿Nada más?
Rosario. Don Andrés, un amigo suyo nos lo propuso, y quedó aceptado en seguida.
Enr. (¡Sudo tinta!)
Pedro. Por manera que esto ha sido así, de golpe y porrazo.
Rosario. Eso, de porrazo. Ya lo ha visto usted. Pero crea usted don Pedro que entre nosotras no le hará falta nada.
Pedro. ¡Ya me hago cargo!
Rosario. Ahí está su antecesor que puede decirlo.
Pedro. ¿Su antecesor?
Enr. ¡Ejém, ejém!
Rosario. Justo. El que ocupó la alcoba por espacio de ocho años.
Enr. ¡Es verdad! (Ap. á Pedro) Se refiere á su esposo.
Pedro. ¡Ah vamos! ¡Ahora comprendo!
Rosario. Porque nosotras somos pobres, pero muy decentes.
Pedro. ¿Pobres? Eso no importa. Desde hoy, yo corro con todo.
Rosario. ¿Eh?
Pedro. ¡Pues no faltaba más! Si él no tiene patrimonio, su tío en cambio es dueño en Quintanilla de medio pueblo.
Rosario. ¡Ah! Usted es de Quintanilla. ¡Qué hermoso es aquello!
Pedro. ¿Lo conoce usted?
Rosario. No señor. No he estado nunca.
Pedro. Pues ya iremos este verano. La chica engordará allí tres arrobas.

ROSARIO. Falta le hace.

PEDRO. Y usted también, señora. Se va usted á poner como un bombo. (Le da un atestón con la mano.)

ROSARIO. ¡Bueno, bueno! Es muy campechanote. (¡Y muy bruto!)

ENR. (Levantándose.) Conque si á usted le parece, querido tío... (Se levantan.)

PEDRO. Corriente. Voy á comprar varios encargos, y un regalito para la muchacha.

ROSARIO. ¡Ay, no se moleste usted!

PEDRO. ¡Por Dios, señora! No le perdonaré nunca el que se haya celebrado la ceremonia sin avisarme.

ROSARIO. (Llama ceremonia á la mudanza.)

MERC. ¿Y viene usted por muchos dias?,

PEDRO. Mañana me marcho.

ENR. No le es posible detenerse en Madrid.

ROSARIO. Lo malo es que aquí no tenemos habitación.

PEDRO. Ya le he dicho al sobrino que me apañaré con mis *Leones*.

ROSARIO. ¿Cómo? ¿Ha traído usted leones?

PEDRO. Hablo de la fonda.

ROSARIO. ¡Ah! Sin embargo. Si usted quiere le saco un colchón.

PEDRO. ¡Calle usted, señora! No hay que molestarse.

ROSARIO. Aunque la casa es pequeña, ya le he dicho á su sobrino que puede asomarse al balcón del comedor cuando quiera.

PEDRO. ¡Anda, anda! Naturalmente.

ROSARIO. Yo no soy tirana, ¿sabe usted?

PEDRO. (¡Qué suegra tan egoista!) Al balcón y á la ventana, y á todas partes. ¡Pues hombre, no faltaba más!

ENR. ¿Pero nos vamos, ó no nos vamos?

PEDRO. En seguida.

ESCENA X

DICHOS y ANDRÉS

ANDRES. (Ya estoy de vuelta.)

ROSARIO. ¡Hola, don Andrés!

ANDRES. ¡Señores!

ENR. (Ap. á Andrés.) No hables.

ANDRES. ¿Eh?

ENR. No hables una palabra. (Á Pedro.) Le presento á usted á mi mejor amigo don Andrés Godoy. Mi tío Pedro.

ANDRES. ¿Tú tío Pe... (Se tapa la boca.)

ENR. Que acaba de llegar de Quintanilla.

ANDRES. De Quintani... (Id.)

PEDRO. Estimando, caballero. Servidor de usted.

ROSARIO. Apuesto á que viene usted de la Vicaría. ¿Y qué tal? ¿Se halla todo arreglado? Aquí dónde lo ve usted se casa mañana.

PEDRO. ¿Es posible? ¡Vengan esos cinco! ¡Así me gustan los hombres!

ANDRES. En efecto. (Á Enrique.) ¿Puedo hablar ya?

ENR. Sí, hombre, sí.

ANDRES. Y tendré mucho gusto en que asista nsted á mi boda.

ENR. (Á Andrés.) ¡Animal!

ANDRES. ¡Animal! Digo mañana.

ENR. (Habló poco, pero malo.)

ANDRES. Y hasta le suplicaría á usted que me sirviese de segundo testigo.

ENR. (Á Andrés.) Imbécil.

ANDRES. De testigo, imbécil. Porque el otro está enfermo. Padece mareos y...

PEDRO. ¿Á qué hora se ultima el negocio?

ANDRES. Á las once en punto.

PEDRO. Entonces está dicho. Me iré en el tren de la noche.

ENR. (¡Esto me faltaba!)

ANDRES. Muchísimas gracias.

PEDRO. ¡Al contrario. ¡Si el asistir á una boda es para mí un dulce! Supongo que ustedes no faltarán tampoco. (Á las señoras.)

ROSARIO. Nosotras...

ANDRES. Naturalmente. No necesitaba decirlas nada. ¡Cómo había de olvidar á quien considero como de la familia!

ROSARIO. Ya teníamos preparados nuestros trapitos de cristianar.

ENR. Bien, bien. Anden ustedes por allá dentro, y usted, tío, vaya andando, que ya le sigo.

PEDRO. Entiendo, entiendo. (Á Rosario.) ¿No saldrá nunca sin darla un abrazo, verdad?

ROSARIO. ¿Á quién?

PEDRO. Á la chica.

ROSARIO. Oiga usted. Ya se guardaría muy bien.

PEDRO. ¿Eh?

ROSARIO. ¿Cree usted que iba yo á consentirlo?

PEDRO. ¡Pero señora!

ROSARIO. Ven, Mercedes.

MERC. Hasta luégo.

ROSARIO. ¡Ah! Tome usted esta carta, que olvidé darle esta mañana. (¡Qué se habrá figurado este tío!) (Da una carta á Andrés y vanse por la derecha.)

PEDRO. (¡Cuando digo que la suegra es de caballería!) ¿Vienes, Enriquito?

ENR. Sí señor. Baje usted. Voy en seguida.

PEDRO. (Á Andres.) ¿Hasta mañana, eh?

ANDRES. Hasta mañana.

ESCENA XI

ANDRÉS y ENRIQUE

ENR. ¡Torpe, estúpido, idiota!

ANDRES. ¿Eh?

ENR. ¡Convidar á mi tío, cuando precisamente estribaba mi salvación en perderle de vista!

ANDRES. No entiendo.

ENR. Mi tío venía dispuesto á casarme, y para evitarlo y contando con que mañana se marcharía al pueblo, le dije que ayer mismo me había casado.

ANDRES. ¡Tiene gracia! (Riendo.)

ENR. Mercedes salió en aquel momento y el bueno de mi tío creyó que esa joven era mi esposa.

ANDRES. ¡Já, já! ¡Tiene gracia! (Abre maquinalmente la carta que conservó en la mano.)

ENR. Luégo tomó á doña Rosario por mi suegra, y yo sin saber qué decir dejé correr la bola.

ANDRES. ¡Tiene gracia! (Empieza á leer la carta, y de pronto queda serio y cae aterrado sobre el sofá.) ¡Já, já, já! ¡Tiene gra... ¡Dios de mi corazón!

ENR. ¡Caramba! ¿Qué te ha dado? ¡Andrés! ¡Chico!

ANDRES. ¡Yo muero!

ENR. ¿Qué habrá leído para ponerse así? (Coge la carta y lee.) «Mi adorado sobrino: Cuando recibas la presente, estaré ya en Madrid.» ¡El tuyo también! Pues señor, todos los tíos se han dado hoy cita en la Corte.

ANDRES. Hay casualidades inverosímiles, pero ciertas. ¡Ay, Enrique! Este golpe me aterra.

ENR. ¡Ánimo, qué diablo! No te va á comer tu tío porque te cases mañana.

ANDRES. No. No me come. Al contrario. Me deja sin comer. Adiós.

ENR. ¿Dónde vas?

ANDRES. Al viaducto.

ENR. ¡Pero chico!

ANDRES. Ya se rompió mi boda. Ya no hay esperanza.

ENR. Sé atrevido. Aprende de mí.

ANDRES. Te digo que es muy bruto y me da una paliza y á mi suegro otra. Pero señor, ¿á qué vendrá? Apuesto que se ha enterado de todo y tomó el tren para impedir mi enlace. ¡Dios mío de mi boda, digo, de mi vida!

SEBAST. (Dentro.) ¿Qué es eso? ¿No hay nadie por aquí?

ANDRES ¡Él es!

ENR. ¿Por qué tendrá uno tíos?

ESCENA XII

DICHOS y SEBASTIÁN con una maleta.

SEBAST. ¿No viene usted á darme un abrazo?

ANDRES. ¿Qué veo? ¿Es usted?

SEBAST. ¡Ya lo creo que soy yo! ¡Ah, tunante!
ANDRES. ¡Tío!
SEBAST. ¡Aprieta! (Abrazándolo.)
ANDRES. (¡Así te pudiera ahogar!)
SEBAST. ¡Caballero!... (Á Enrique.)
ANDRES. ¡Mi amigo Enrique Zisneros!
ENR. Servidor. (Nunca me han presentado tanto como hoy.)
SEBAST. Tengo un placer .. ¿Pero qué te pasa? Noto en tí algo extraño. ¿No te alegra mi venida?
ANDRES. ¡Mucho! (Como un dolor de muelas.) Es... la alegría la que me impide hablar.
ENR. Justo. Eso decíamos hace poco. Como venga mi tío, exclamaba Andrés, me vuelvo mudo de alegría.
SEBAST. ¿Según eso, pensabas en mí?
ANDRES. No hago otra cosa.
ENR. Usted es su pesadilla.
SEBAST. Pues mira, no creí venir hasta el verano.
ANDRES. Eso, váyase usted y vuelva al verano.
SEBAST. ¿Por qué?
ANDRES. Porque... hace más calor.
SEBAST. ¿Á que no sabes á lo que vengo?
ANDRES. (Á aguarme la fiesta.) No sé.
SEBAST. Á comprar una casa.
ANDRES. (¡Respiro!) ¡No sabe nada.) ¿Es posible?
SEBAST. Hace ya tiempo que deseaba hacerme propietario en Madrid y estuve ahorrando, ahorrando, y aguardando una buena ocasión. Ahora, según me han escrito, se presenta magnífica y quiero aprovecharla.
ANDRES. ¡Qué lástima!
SEBAST. ¿Eh?
ANDRES. Digo, ¡qué placer!
SEBAST. ¿Y qué tal? ¿Cómo vas de pintura? ¿Adelantas mucho?
ANDRES. ¡No tiene usted idea!
SEBAST. ¡Enséñame algo, hombre!
ENR. (Volviendo los cuadros,) Aquí tiene usted. Los últimos.
SEBAST. ¡Hombre, hombre! ¡Soberbio! ¿Te dedicas á la figura?
ANDRES. Á todo... Soy general.

SEBAST. ¿En dónde tienes el estudio?

ANDRES. Á dos leguas de Madrid.

SEBAST. ¿Eh?

ANDRES. En el campo. Madrid no tiene luz. Es preciso ver mucho cielo.

SEBAST. ¿Por supuesto, me retratarás en estos ocho días?

ANDRES. ¡Imposible! ¡Poco tiempo! Un buen retrato menos de seis años no puede ser.

SEBAST. ¡Trapalón! Tú siempre tan boyante. Pasando la vida en orgías y belenes. Nada, nada. Gasta, triunfa, diviértete. Todo te lo permito menos una cosa. En eso soy inflexible. ¡Cuidadito con casarse!

ENR. ¡Ah! ¿Usted no le permite?...

SEBAST. No señor. Yo me casé tres veces y ninguna he sido dichoso; por lo mismo deseo evitarle esa desgracia.

ANDRES. ¡Pero tío, no todas las mujeres son malas! ¡Hay mujeres de mujeres!

SEBAST. ¡Tu, tu, tu! ¡Es inútil! ¡Inflexible! Yo, como usted vé, tengo un carácter dulce, pero con esta suavidad el día que se case le rompo el bautismo. ¡Yo soy así!

ANDRES. ¡De Valladolid!

ENR. (Apaga y vámonos.)

SEBAST. Pero no tengo sobre eso el menor cuidado. Andrés me quiere mucho, y es todavía muy joven para pensar en semejante locura. ¿Verdad, muchacho?

ANDRES. ¡Ya lo creo! Cómo quiere usted que yo piense en... (Me rompe dos costillas.)

SEBAST. ¿Conque por dónde anda tu patrona? Es preciso que me disponga una habitación.

ANDRES. ¡Ah! ¿Usted piensa vivir aquí?

SEBAST. Naturalmente. A tu lado.

ANDRES. Bueno, bueno. Ahora arreglaremos...

ANIC. (Dentro.) Todo derecho. Su cuarto es el de enfrente.

ANDRES. (Mi suegro otra vez. ¡María Santísima!)

ENR. (Ahora sí que la cosa es grave.)

ESCENA XIII

DICHOS, ANICETO, DOÑA JACINTA y PEPITA

ANIC. ¿Podemos entrar?

ANDRES. ¡Adelante! ¡Adelante! (A Sebastian.) Son amigos de la casa.

SEBAST. ¡Ah!

ANIC. Pepita ha perdido el pañuelo, y no sabemos si lo dejó aquí olvidado.

ANDRES. No señor. Me parece que no

JACINTA. ¡Oh,! amigo mío! Crea usted que es muy triste para una madre el pensar que mañana...

ANDRES. No piense usted en eso. (La ahogaría.)

PEPITA. He debido dejármele en la tienda.

ANIC. (Saludando.) ¡Caballero!...

SEBAST. ¡Caballero!...

ANIC. (A Enrique.) ¿Quién es?

ENR. ¿Ese? (No sé qué decirle.)

ANIC. ¿Será quizás el segundo testigo?

ENR. Justo. El testigo.

ANIC. ¡Cuánto me alegro! (Acercándose.) Tengo un especial placer, caballero, en estrechar su mano.

SEBAST. Muy señor mio.

ANIC. Según veo, está usted ya mejor.

SEBAST. ¿Yo?

ANIC. Los mareos van cediendo. Espero que mañana podrá usted asistir á la ceremonia: Valverde, 84. Ya lo sabe usted.

SEBAST. ¿A qué ceremonia?

ANDRES. (¡Atiza constipado!)

ANIC. A la boda. ¡A la boda de mi hija! Sentiría mucho que no nos hiciera usted ese obsequio.

SEBAST. Muchas gracias. (A Andrés.) Díme. ¿Con quién se casa su hija?

ANDRES. Con... con éste, con Enrique.

ENR. (¡Zambomba! ¿Conmigo también?)
SEBAST. ¡Ah! ¿Es usted el futuro? Entonces acepto.
ENR. (¡Valiente lío!)
ANDRES. (Ganaremos tiempo.)
JACINTA. ¡Si usted pudiese comprender lo que sufro!
ANDRES. (Para eso yo.)
JACINTA. (Acercándose á Sebastián.) Tener una hija, criarla, educarla y... ¡Qué pena tan grande! (Llorando.)
SEBAST. (A Andrés.) ¿Por qué se aflige esa señora?
ANDRES. ¡Porque ha educado á su hija!
ANIC. Vamos en marcha. No perdamos tiempo, que hay mil cosas en qué ocuparse.
ANDRES. ¡Cierto! Váyanse ustedes.
ENR. ¡Sí, sí! ¡De prisa!
ANIC. Hasta mañana.
JACINTA. ¡Oh, amigo mío!
ANDRES. Que usted se alivie.
ENR. Adiós, adiós (Se marchan.)
ANDRES. (A Sebastián.) Y usted á la cama. (Cogiéndolo por un brazo.)
ENR. Necesitará usted afeitarse. (Idem por el otro.)
ANIC. (Saliendo.) Valverde, 84. No lo olvide usted.
ANDRES y ENR. (Llevándolo al foro.) ¡Sí, sí! ¡Vaya usted con Dios! (Vase Aniceto.)
ANDRES. A la cama, tío.
ENR. Duerma usted mucho.
LOS DOS. Hasta mañana. (Conduciéndole hasta la puerta izquierda.)
SEBAST. Bueno. Pues hasta mañana. (Vase.)
ENR. ¿Qué va á pasar mañana?
ANDRES. ¡Mañana, el diluvio! (Se sienta en la butaca y cae al suelo.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

En casa de Aniceto. Sala elegante. Puertas laterales. Piano á la izquierda. Chimenea al foro en el centro. A cada lado dos balcones cerrados con las puertas vidrieras cubiertas con visillos.

ESCENA PRIMERA

ANICETO, luégo DOÑA JACINTA por la primera de la izquierda.

ANIC. (Enfrente del espejo acabando de ponerse la corbata.) Yo no sé quién ha inventado estos cuellos tan altos. Va uno verdaderamente agarrotado. Y luégo, con el almidón se degüella cualquiera. ¡Maldita moda! ¡Si despertara nuestro padre Adán, qué asombrado se quedaría! pero estoy seguro que no despierta.

JACINTA. (Llorando.) ¡Pobre hija! ¡Pobre hija mía!

ANIC. Pero mujer, ¿cuándo vas á acabar de afligirte?

JACINTA. ¡Hoy saldrá mi hija de nuestro poder! ¡Hoy sale, hoy!

ANIC. ¡Bueno! Para eso se casa. Para eso nos casamos. También saliste tú.

JACINTA. Lloraré toda mi vida.

ANIC. ¿Toda? ¡Pues me va á divertir! Vamos, tranquilízate, seca tus lágrimas y acaba de vestirte.

3

JACINTA. ¡No!
ANIC. ¿No te vistes?
JACINTA. Es preciso hablar con ella. Darla nuestros últimos consejos.
ANIC. Como quieras.
JACINTA. Aquí está.
ANIC. Pues mira, llega á tiempo.

ESCENA II

DICHOS y PEPITA por la primera de la izquierda con el traje de boda.

JACINTA. ¡Hija de mi alma!
ANIC. ¡Pobrecita víctima!
JACINTA. Ven, abraza á tu madre y á tu padre.
PEPITA. ¿Pero por qué lloras así?
ANIC. Es un vicio que ya me va cargando.
JACINTA. Hija mía, tu padre va á darte los últimos consejos. Habla, Aniceto.
ANIC. ¡Hija mía de mi alma!
JACINTA. ¡Hija mia de mi alma! (Llorando mucho.)
ANIC. Ya lo he dicho, mujer. El matrimonio es una cosa grave. Yo he pasado por ella, y te aseguro que aunque me emplumaran no volvería á pasar.
JACINTA. ¡Aniceto!
ANIC. Son consejos. Aguarda. Un marido, hija mía, no es un padre.
JACINTA. Ni... ¡una madre!
ANIC. Naturalmente. Un marido es... el marido y con esto está dicho todo. Obedécele ciegamente, ámale con afán y cuída mucho á sus hijos.
PEPITA. ¡Cómo! ¿Andrés tiene hijos?
ANIC. No. Todavía, no. Hablo de los que pueda tener.
JACINTA. Es una metáfora.
ANIC. Sigue el ejemplo de tu madre. Siempre ha sido honrada. Algo gruñona, pero... insoportable, digo buena

y leal. Si así lo hicieses, Dios te lo premie; y si no, Andrés te lo demande. ¡Pues señor, me está divirtiendo el cuellecito!

PEPITA. Sí, papá.

JACINTA. Y ahora abrázanos otra vez.

PEPITA. ¡Con mucho gusto! (Se abrazan los tres.)

ESCENA III

DICHOS y ANDRÉS por la segunda de la derecha.

ANDRES. Reclamo mi parte.

PEPITA. ¡Andrés!

JACINTA. (Aquí está el verdugo.)

ANDRES. Sí, Andrés, tu futuro ¡Pero qué guapa! ¡Qué bien te sienta el traje de boda!

PEPITA. ¡Bah!

ANDRES. Pareces un capullo de primavera.

JACINTA. ¿Digo, eh? (Á Aniceto.) Nunca me has dicho tú eso.

ANIC. Como que nunca has parecido tú un capullo.

JACINTA. Muchas gracias.

ANDRES. ¿Pero todavía está usted sin vestir, mamá suegra? Le advierto á usted que se aproxima la hora.

JACINTA. Voy en seguida.

ANIC. Y yo voy también á dar una vuelta por la sala en en donde después se ha de bailar. Quiero que todo esté en orden.

ANDRES. Y ahora que recuerdo.,.

ANIC. ¿Qué?

ANDRES. Olvidé decir á ustedes que ha llegado mi tío.

ANIC. ¿Tu tío? ¡Cómo! ¿Pues no decías que estaba desterrado á sesenta leguas por delito político?

ANDRES. Sí señor; pero... lo arrostró todo por asistir á mi boda.

ANIC. ¡Excelente tío!

JACINTA. ¡Á ver si le cogen y tenemos aquí un disgusto!

ANIC. Díme: ¿no es ese el que ha enviudado tres veces?

ANDRES. Sí señor. Tuvo tres mujeres y con ninguna fué felíz. Por eso no permite que yo me ca... digo... (Por poco la suelto.)

ANIC. Bueno, bueno. Ya me lo presentarás. Vamos, Jacinta.

JACINTA. Hasta luégo. (Vanse por la segunda de la izquierda.)

ESCENA IV

ANDRÉS y PEPITA

ANDRES. ¡Gracias á Dios que puedo decirte sin testigos que te amo, que te adoro, que te idolatro!

PEPITA. ¡Basta, basta!

ANDRES. Oye, Pepita. Si por casualidad ocurriese hoy algo, no me culpes.

PEPITA. ¿Qué puede ocurrir?

ANDRES. No lo sé. Es un presentimiento. Pero si ocurre algo, no vayas á creer que te quiero menos.

PEPITA. ¿Sabes que me asustas? ¿Por qué dices eso? ¿Nos amenaza algún peligro?

ANDRES. Siempre que uno se casa, le amenaza un peligro grave.

PEPITA. ¡Dios mío!

ANDRES. No te asustes. Repito que no sé lo que puede pasar; pero no importa. Bueno es presumir las cosas.

PEPITA. Nada temo. ¿Sabes lo único grave que podría ocurrir para mí?

ANDRES. ¿El qué?

PEPITA. El que no te casases.

ANDRES. (Pues eso precisamente puede que ocurra.)

PEPITA. Lo demás me tiene sin cuidado.

ANDRES. ¡Ya lo creo!

PEPITA. ¿Y quién podrá impedir ya esta boda?

ANDRES. (Mi tío con un garrote.) ¡Nadie! No hay poder humano ni divino.

JACINTA. (Dentro.) ¡Niña! ¡Pepita!

PEPITA. Mamá me llama. Adiós.

ANDRES. ¡Ay, Pepita, Pepita! (La abraza.)

PEPITA. Que dichosos seremos, ¿verdad?

ANDRES. (¡Al freir será el reir!) Sí, muy dichosos.

PEPITA. Voy á ver lo que quiere. (Vase.)

ESCENA V

ANDRÉS y ENRIQUE por la segunda de la derecha.

ENR. ¡Gracias á Dios que te echo la vista encima!

ANDRES. ¿Eres tú?

ENR. ¿Qué hay? Desde ayer que nos separamos ignoro lo que ha ocurrido.

ANDRES. Nada. Mi tío durmió como un lirón y yo pasé la noche tendido en el sofá. Cuando desperté eran las ocho, y mi tío había volado, dejando en la mesa un papelito en donde me decía que iba á correr de ceca en meca hasta las once, y que á esa hora nos veríamos aquí. De modo que estamos como estábamos. ¿Y tú?

ENR. Yo acompañé á mi tío á la fonda y allí le dejé durmiendo. Esta mañana me obligó á corretear las tiendas y hemos hecho mil encargos, y se compró un traje para la boda. Todo su afán consistía en visitar de nuevo á mi esposa, y al fin volvimos á casa de doña Rosario; pero por fortuna la madre y la hija habían salido y pude sacar de allí á mi tío, que quedó en el café y que vendrá de un momento á otro.

ANDRES. Conforme va llegando la hora, un temblor nervioso invade todo mi sér.

ENR. Lo que siento es no haber podido prevenir á doña Rosario ni á Mercedes para que no descubran la farsa de mi matrimonio delante del tío.

ANDRES. ¿Y qué hacemos?

ENR. Vamos por partes: primero, mi tío cree que me he casado con Mercedes; segundo, el tuyo se figura que hoy me caso con tu novia.

ANDRES. Total: dos creencias distintas y dos pillos verdaderos.

ENR. ¿Qué deseamos nosotros? Que nuestros tíos sigan en su error.

ANDRES. ¡Imposible! El mío va á venir. Asistirá á la ceremonia y á menos de dejarle sordo...

ENR. ¡Gran idea!

ANDRES. ¿Le vas á dejar sordo?
ENR. ¡Quién sabe! Acaba de ocurrírseme un medio...
ANDRES. ¡Sálvame, Enrique! Mira que si mi tío se entera, me rompe un hueso y mueve el gran escándalo para impedir la boda. Una vez casado ya, no hay remedio y tendrá que aguantarse.
ENR. ¡Corriente; yo te jnro...
ANDRES. ¡Silencio! ¡Mi suegro!

ESCENA VI

DICHOS y ANICETO por la segunda de la izquierda.

ANIC. ¡Hola, señor de Zisneros! ¡Muy bien venido!
ENR. Beso á usted su mano.
ANIC. Me dijiste que el señor era el primer testigo ..
ANDRES. Efectivamente.
ANIC. Tengo mucho gusto. Ya sabe usted, hoy el matrimonio civil y mañana el canónico. ¿Verdad, Andrés?
ANDRES. ¿Mañana? (¡Qué sé yo dónde iremos mañana!)

ESCENA VII

DICHOS y una CRIADA por la segunda de la derecha.

CRIADA. Señorito. Ahí está el camarero del café.
ANIC. Serán los refrescos. Bueno, ya sabes dónde han de colocarlos; ¡vé en seguida! (Vase la criada. Sorbetes de seis clases. Para todos los gustos. ¡Caramba! Falta media hora. (Viendo el reloj.) Andrés: vé á ver si mi esposa acabó de vestirse, y acompañas á tu amigo.
ENR. Con mucho gusto.
ANIC. Y díla que llegaron los refrescos.
ANDRES. ¿Los refrescos? (Muchos son los que necesito.) (Vanse por la segunda de la izquierda.)

ESCENA VIII

ANICETO y luégo PEDRO vestido ridículamente de levita, por la segunda de la derecha.

ANIC. (Mirando el reloj.) Creo que el Juez no tardará. ¡Qué gana tengo de terminarlo todo!

PEDRO. Muy buenos días.

ANIC. ¿Eh? Servidor.

PEDRO. ¿Es aquí, verdad?

ANIC (¿Quién será éste?)

PEDRO. ¿No es aquí donde se casa don Andrés?

ANIC. Efectivamente.

PEDRO. ¿Con su hija de usted quizás?

ANIC. Sí señor.

PEDRO. Por muchos años. (Lo abraza con gran cariño).

ANIC. ¡Muchas gracias!... ¿Pero usted, quién es?

PEDRO. ¿Yo? Diré á usted. Siento mucho que mi sobrino no se halle aquí en este momento, porque tengo que presentarme solo.

ANIC. ¿Cómo? (¡El tío de Andrés! ¡El conspirador!) ¿Es usted su tío?

PEDRO. Servidor de usted.

ANIC. ¡Cuánto me alegro! Aunque no tenía el gusto de conocer á usted, he hablado de usted mucho con su sobrino. Siéntese usted. (Va á sentarse en la butaca; perc se escama, y lo hace en una silla.)

PEDRO. Estimando.

ANIC. ¡Pero hombre! ¿Cómo se atrevió usted á venir?

PEDRO. ¿Dónde?

ANIC. A Madrid. Su sobrino de usted no le esperaba.

PEDRO. Ni nadie; pero diré á usted. Yo quería casarlo á todo trance. Y cuando el chico me dió ayer la noticia de su boda, crea usted que me alegré en el alma.

ANIC. Muchas gracias.

PEDRO. No hay por qué darlas. Yo hubiera venido antes, ¿sabe

usted? Pero siempre está uno condenao en ese pueblo.

ANIC. A sesenta leguas de Madrid; ya lo sé.

PEDRO. No son tantas, no señor.

ANIC. ¡Ah! ¿Hubo rebaja?

PEDRO. Pues verá usted. Yo no sé gran cosa acerca de la novia ni de su madre, á quien conocí ayer.

ANIC. ¡Ah! ¿Las conoció usted ayer?

PEDRO. Sí señor. En casa de mi sobrino.

ANIC. ¡Ya! (Pues no recuerdo haberle visto.)

PEDRO. La chica parece buena y simpaticona.

ANIC. ¡Mucho!

PEDRO. Pero la madre... diga usted, entre nosotros, ¿qué clase de pájaro es esa señora?

ANIC. ¿Cómo que qué clase de pájaro? (¡Pues me gusta!)

PEDRO. Le advierto á usted que soy muy reservao y que lo que usted cante quedará entre los dos.

ANIC. ¡Yo no canto nada! (¡Vaya un descaro!) ¡Sepa usted, caballero, que la madre es un modelo de virtud y de honradéz! Andrés se lo habrá dicho á usted.

PEDRO. ¿Andrés? ¿Quién es Andrés?

ANIC. ¡Anda, morena! Su sobrino de usted.

PEDRO. ¿Andrés?

ANIC. ¡Sí, hombre! Mi futuro yerno. El que hoy se casa con mi hija.

PEDRO. No señor.

ANIC. ¿Que no se casa?

PEDRO. Que no soy su tío.

ANIC. ¿Cómo que no?

PEDRO. Yo sólo vengo á servirle de testigo.

ANIC. ¡Acabáramos! Y yo le tomaba á usted por... ¡Ah! ¿Es usted el segundo testigo?

PEDRO. Servidor de usted.

ANIC. ¿El de las palpitaciones?

PEDRO. No señor. ¡Yo no he palpitao nunca!

ANIC. ¡Ah! sí; era el otro, ahora recuerdo.

ESCENA IX

DICHOS y ENRIQUE por la segunda de la izquierda.

ENR. Ya he tenido el honor de hablar con su esposa. ¡Calle! ¡Mi tío!
PEDRO. ¡Hola, tunante!
ANIC. ¿Su tío? ¿Es usted tío de?...
ENR. En efecto.
ANIC. ¡Si acabaremos de saber quién es usted!
ENR. Sí, señor. Mi tío Pedro.
ANIC. Entonces no es el testigo de la boda.
ENR. Sí señor. Andrés le suplicó que le hiciese ese favor, toda vez que el otro seguía enfermo.
ANIC. ¿El de los mareos?
ENR. Cabal.
ANIC. ¡Gracias á Dios!
PEDRO. Díme, díme, ¿dónde anda tu mujer?
ENR. ¿Mi mujer?
ANIC. ¡Calla! ¿Es usted casado?
ENR. ¿Yo? (¡Demonio!)
PEDRO. ¡Y tan casado!
ANIC. ¿Cómo no vino su señora?
PEDRO. Eso pregunto yo.

ESCENA X

DICHOS, DOÑA ROSARIO y MERCEDES por la segunda de la derecha.

ROSARIO. ¿Dan ustedes su permiso?
PEDRO. ¡Ah! Aquí las tiene usted. Adelante. Pasen ustedes.
ROSARIO. Servidora de ustedes. Saluda, niña.
MERC. Buenos días.
PEDRO. (Á Aniceto.) Le presento á usted á toda la familia.
ROSARIO. ¡Hola, don Pedro!
ANIC. Señora, tengo un verdadero placer en conocer á usted y á su hija.

ROSARIO. Muchas gracias.

ANIC. Y si Enrique me hubiese hablado antes de ustedes, yo mismo las hubiese invitado á...

PEDRO. El señor es el padre.

ROSARIO. ¡Ah! ¡Muy señor mío!... Don Andrés, á quien queremos mucho, nos convidó ayer mismo. (Á Enrique.) ¿Verdad?

ENR. Sí señora.

ROSARIO. Y yo dije á mi niña: no es cosa de despreciarle.

ANIC. En último caso, Enrique pudo traerlas á ustedes sin necesidad de convite previo. Crea usted, señora, que yo ignoraba los íntimos lazos que existen entre Enrique y ustedes.

ROSARIO. ¡Ah! ¿Usted no sabía nada?

ANIC. Nada, señora.

ROSARIO. No es extraño. ¡Como hace tan poco tiempo que...!

PEDRO. Dos días. ¡Nada más que dos días!

ANIC. ¿Nada más?

PEDRO. Si yo mismo lo ignoraba todo.

ROSARIO. Figúrese usted que llegó ayer del pueblo, y fué á la otra casa.

PEDRO. Y me dijeron: se ha mudado; pero me dió en la naríz.

ROSARIO. (Y vuelta con la naríz.)

ANIC. Pues le felicito á usted de todo corazón. (Á Enrique, dándole la mano.)

ENR. (No puedo hablar de miedo.)

ANIC. Y á usted también. (Id. á Mercedes.) Y á usted, señora, igualmente. (Id. á Rosario.)

ROSARIO. (¡No se alegra poco de la mudanza!)

ANIC. Vengan ustedes y las presentaré á mi esposa.

ENR. ¡No!

ANIC. ¿Eh?

ENR. Digo, que querría presentarlas yo mismo.

ANIC. Es muy justo.

ENR. Presente usted á mi tío. Vayan ustedes al salón. Nosotros aguardamos mientras aqui.

ANIC. Bueno. Vamos allá.

PEDRO. Como usted guste.

ANIC. Ustedes quedan en su casa. (Vanse por la segunda de la izquierda.)

ESCENA XI

DOÑA ROSARIO, MERCEDES y ENRIQUE

ENR. Gracias al cielo que podemos hablar. Doña Rosario, Mercedes, estoy en un compromiso horrible. ¡Sálvenme ustedes, por Dios.

ROSARIO. ¡Caramba! ¿Qué le pasa á usted?

ENR. Usted es buena, señora, y usted, señorita, dispensará el abuso que he cometido.

MERC. ¿Pero qué pasa?

ROSARIO. ¿Qué ocurre, hombre?

ENR. Yo tengo un tío, señora.

ROSARIO. Y yo otro. Eso no tiene nada de particular.

ENR. Mi tío tiene la manía de casarme, y ayer llegó á Madrid con objeto de realizarlo. Para evitar que esto sucediese, le dije...

ROSARIO. ¿Qué le dijo usted?

ENR. Le dije que me había casado.

ROSARIO. Bien hecho.

ENR. Y al preguntarme por mi esposa, salió su hija de usted... y creyó que lo era.

ROSARIO. ¿Eh?

MERC. ¡Qué atrocidad!

ROSARIO. Calla, niña; siga usted.

ENR. Como mi tío mañana mismo regresa al pueblo, no me pareció peligroso dejarle en su error... y efectivamente.

ROSARIO. ¿Pasó usted por marido de mi hija?

ENR. ¡Eso es! ¡Ah, doña Rosario! Comprendo mi abuso; pero comprenda usted mi situación.

ROSARIO. ¡Pero hombre, por qué no le dijo usted que era yo!

MERC. ¿Su esposa? ¡Já, já, já!

ENR. ¿Usted?

ROSARIO. Naturalmente.

ENR. Á usted la tomó por mi suegra.

ROSARIO. Ahora comprendo lo de la naríz.

ENR. En fin, señora, en sus manos de usted están mi porvenir y mi...

ROSARIO. Bueno, bueno. Algo fuerte me parece que... la... pero bien mirado, si se marcha mañana...

ENR. Sin falta. Y una vez en el pueblo, yo desharé el engaño.

ROSARIO. Corriente. ¿Y qué quiere usted que hagamos?

ENR. Seguir fingiendo como yo y nada más. Comprendo, señorita, la violencia que esto debe causarle á usted. Encontrarse un marido así sin más ni más...

MERC. ¡Á mí!

ROSARIO. (Lo que ella siente es que no sea de veras.)

MERC. Yo haré lo que mamá disponga.

ENR Es usted un ángel. (Y es verdad; la muchacha es preciosa.)

ROSARIO. Quedamos convenidos. No tema usted nada.

ENR. ¡Gracias! Nunca olvidaré esta prueba de amistad. Y ahora vamos á otra cosa.

ROSARIO. Usted dirá.

ENR. Andrés se halla comprometido. (Con mucho misterio toda la escena.)

ROSARIO. ¿Andrés también? Pues está comprometido todo el mundo.

ENR. ¿Conoce usted á su tío?

ROSARIO. No señor. No lo hemos visto. Sé que anoche le cedió usted su alcoba, yéndose usted á dormir á la otra casa.

ENR. Justo. Pues bien. Oigan ustedes. (Las conduce á la izquierda.) El tío de Andrés vendrá aquí de un momento á otro.

ROSARIO. ¡Es claro! A la boda de su sobrino.

ENR. No señora. Oigan ustedes. (Las lleva al centro.) El tío de Andrés cree que soy yo quien se casa.

ROSARIO. ¿Usted?

ENR. ¡Sí! Con la novia de Andrés.

ROSARIO. ¿Pero no está usted casado, ó finge estarlo ya con mi hija?

ENR. Eso es para mi tío. Para el tío de Andrés, me caso dentro de media hora.

ROSARIO. ¡Pues no hay lío que digamos!

ENR. Es necesario ayudar y salvar á mi amigo.

ROSARIO. ¿Salvar á don Andrés?

ENR. ¡Sí! Porque su tío no quiere que se case.

ROSARIO. ¿Que su tío no quiere? ¡Si acaba usted de decir lo contrario!

ENR. No tal. Mi tío es el que quiere.

ROSARIO. ¡Ya tengo la cabeza llena de tíos!

ENR. Yo he pensado una cosa para salvarlo, algo extravagante, ya lo sé; pero de resultado seguro: para ello es preciso que ustedes me ayuden.

ROSARIO. Tratándose de don Andrés, estoy dispuesta á servirle en todo.

ENR. Lo suponía.

MERC. ¿De qué se trata?

ENR. Oigan ustedes. (Las lleva á la derecha.) Cuando empiece á leer el Juez los nombres de los contrayentes...

ANIC. (Dentro.) Vamos á verlo. Sal por aquí.

ENR. Don Aniceto y su esposa. Vengan ustedes. Allá dentro hablaremos.

ROSARIO. ¡Pero cuánto lío, señor, cuánto lío! (Vanse por la primera de la derecha.)

ESCENA XII

ANICETO y DOÑA JACINTA por la segunda de la izquierda.

ANIC. Aquí no hay nadie.

JACINTA. Efectivamente.

ANIC. ¡Como decían que había llegado mi primo! Pues ya no puede tardar.

JACINTA. Cuando entre por esa puerta, yo no sé lo que va á ser de mí.

ANIC. ¿Empiezas á afligirte? ¡Ay, qué manía!

ESCENA XIII

DICHOS y SEBASTIAN por la segunda de la derecha.

SEBAST. ¿Se puede pasar?

ANIC. ¡Él es!

JACINTA. (Llorando.) ¡Ay Dios mío de mi alma!

ANIC. ¡No es él!

JACINTA. (Muy natural.) ¡Ah! Entonces no lloro.

SEBAST. ¡Caballero!

ANIC. ¡Calle! El de los mareos Ya no esperaba verle á usted por aquí.

SEBAST. ¿He llegado tarde?

ANIC. No señor; pero como creíamos que se había usted agravado, ocupó otro su lugar de usted.

SEBAST. ¿Qué yo me había agravado?

ANIC. Sí señor; pero se conoce que tan pronto le da á usted como se le quita.

SEBAST. No comprendo.

ANIC. Los mareos, hombre.

SEBAST. ¿Qué mareos?

ANIC. Los de usted.

SEBAST. Yo no tengo mareos.

ANIC. Es verdad. Son palpitaciones.

SEBAST. Tampoco.

ANIC. ¡Y dale, molino! ¿No es usted el segundo testigo? ¿No nos vimos ayer en casa de Andrés?

SEBAST. Cabal. Y usted mismo me invitó á la ceremonia.

ANIC. Luego es usted el enfermo.

SEBAST. No señor. Yo estoy bueno y sano.

ANIC. ¿Entonces, quién es usted?

SEBAST. Sebastián, el tío de Andrés.

ANIC. ¿Qué oigo?

JACINTA. ¿El tío de Andrés?

ANIC. ¡Ah, vamos! ¡El conspirador!

SEBAST. ¿Cómo el conspirador?

ANIC. ¡Justo!

JACINTA. ¡El desterrado á sesenta leguas!

SEBAST. (Pero señor, ¿qué dice esta gente?)

ANIC. ¡Cuánto celebro la...! Y el pillo de Andrés no me dijo ayer nada.

JACINTA. Ni nos lo indicó siquiera.

ANIC. Hoy, sin embargo, nos anunció su visita, asegurando que lo había usted arrostrado todo por asistir á la boda.

SEBAST. ¿Que yo había arrostrado?...

ANIC. Está usted dando pruebas de un valor tremendo.

JACINTA. Crea usted que estaré con el alma en un hilo mientras permanezca usted aquí.

SEBAST. (Demonio, ¿qué ocurrirá en esta casa?)

ESCENA XIV

DICHOS y ANDRES por la segunda de la izquierda.

ANDRES. (¡Uf! ¡Mi tío!)

ANIC. Ven acá, hombre, ven acá. ¿Conque ayer no quisiste presentarnos á don Sebastián?

ANDRES. ¿Ayer? Sí señor. Diré á usted. Yo iba á... pero... (se me traba la lengua.)

SEBAST. ¿Qué tienes?

JACINTA. Parece turbado.

ANDRES. (¡Ya lo creo que lo parece!) ¡Qué tontería! Es que... estoy muy contento. Porque por un lado mi tío, y ustedes por otro lado, y por otro... Por eso estoy así.

SEBAST. ¡Ya, ya! ¡Sepan ustedes que ahí donde le ven con su capita de hombre honrado, es un gran pillastre!

ANDRES. ¿Yo? (¡Esta otra!)

ANIC. ¡Un pillastre!

JACINTA. ¿Qué nos cuenta usted?

SEBAST. ¡Vaya! ¡Si es lo más aficionado á correrla! ¡já, já, já!

JACINTA. ¡Dios mío!
ANIC. ¿Á correrla?
SEBAST. ¡Sí! ¡Siempre lleno de aventuras y de belenes!
ANIC. ¿Cómo es eso? ¿Cómo es eso?
JACINTA. (Llorando.) ¡Cielos! ¡No nos faltaba más!...
ANDRES. No lo crean ustedes. ¡Es falso!
SEBAST. ¿Falso? Tú mismo me lo has escrito cien veces
JACINTA. ¡Pobre hija de mi alma!
ANIC. ¡Andrés, cuidadito con ella!
SEBAST. (¡Pues apenas si lo toman estos en serio! ¿Qué les importará?)
ANDRES. Repito que todo era broma. Cuando escribo, soy muy bromista.
SEBAST. Cosas de jóvenes.
ANIC. Tiene usted razón. Hay que dispensarle. Una vez casado será otra cosa.
SEBAST. ¿Casado?
ANDRES. (¡Adiós mi dinero!)
SEBAST. Se guardará muy bien de hacerlo.
JACINTA. Ya lo creo que se guardará.
ANIC. Que lo haga si se atreve. ¡Que lo haga!
SEBAST. No hay miedo. Estoy yo aquí para impedirlo. ¡Le rompo la crisma si se atreve!
ANDRES. (Hoy me quedo sin crisma.)
ANIC. (Dando la mano á Sebastián.) Muchas gracias. Esos sentimientos le honran á usted.
ANDRES. (Este toma el rábano por las hojas.)
SEBAST. ¿Pero vamos á ver? ¿Dónde se halla la novia?
ANIC. ¿Quiere usted verla?
SEBAST. Claro está.
JACINTA. Pase usted por aquí.
ANIC. Con franqueza. Estamos en familia. (Pasan Jacinta y Aniceto y quedan cerca de la segunda puerta de la izquierda.)
ANDRES. ¡Un momento! ¡Tío! Haga usted el favor. (Van á la derecha.)
SEBAST. ¿Qué quieres, sobrino?
ANDRES. ¡Querido tío de mi alma! (Bajo.)

SEBAST. ¿Qué te pasa? ¿Estás malo?
ANDRES. Tío de mi vida, de mi corazón y de mis entrañas.
SEBAST. Acaba, hombre.
ANDRES. Yo... Yo soy quien... Váyase usted. (Yo no se lo digo.) (Dándole media vuelta.)
SEBAST. ¡Pero muchacho!
ANDRES. ¡Qué se vaya usted, tío! ¡Váyase usted!
SEBAST. ¡Bueno! Ya me voy. (¿Que diablo será?)
ANIC. ¡Con franqueza! Adelante. (Vanse por la segunda de la izquierda.)

ESCENA XV

ANDRES, luégo ENRIQUE, DOÑA ROSARIO y MERCEDES por la primera de la derecha.

ANDRES. Prefiero que lo sepa ahí dentro. Con una palabra lo descubre todo, y esa palabra no tardará alguno en decirla.
ENR. ¿Conque están ustedes bien enteradas?
ROSARIO. Sí señor.
ENR. ¿Vino tu tío? ¿Le confesaste la verdad?
ANDRES. Todavía no sabe nada.
ROSARIO. Pues no tema usted. Nada sabrá.
ANDRES. ¿Eh?
ROSARIO. Don Enrique me contó la historia, y ya sabemos que usted se casa, es decir, que no se casa, que quien se casa es el señor, el cual ya está casado. ¡Pero qué lío!
ENR. Todo estriba en que el tío no oiga tu nombre cuando el Juez lo pronuncie.
ANDRES. ¡Pues ahí es nada!
ENR. ¿En dónde está?
ANDRES. ¿Quién?
ENR. Tu tío.
ANDRES. En el salón. Acaba de entrar.
ENR. ¡Torpe! ¿Por qué lo has dejado? ¿No comprendes que cualquiera puede enterarle con una frase? Voy á evitarlo en seguida. (Vase por la segunda de la izquierda.)

ESCENA XVI

ANDRÉS, DOÑA ROSARIO y MERCEDES.

ROSARIO. Animo, don Andrés. Y si luégo se entera su tio, como no habrá remedio...

ANDRES. Pues eso es lo que yo ambiciono. Una vez casado, ¿qué me importa? Lo que temo es el escándalo, su oposición y la tormenta que se me vendría encima.

ESCENA XVII

DICHOS, ENRIQUE, SEBASTIÁN y PEDRO por la segunda de la izquierda.

ENR. (Sacando del brazo y bruscamente á Sebastián.) Hace mucho calor, créalo usted. En esta sala estaremos mejor. Venga usted, tío.

SEBAST. Como usted guste.

PEDRO. Como quieras.

ENR. (Á los otros.) Nada sabe.

PEDRO. ¡Hola, sobrina! (Por Mercedes.) Le presento á usted á mi sobrina. (Á Sebastián.)

SEBAST. ¡Ah! Esta señorita es...

ENR. (¡Diablo! Va á decirle que es mi mujer.)

PEDRO. (Á Andrés.) Felices, don Andrés. Ya he tenido el gusto de ver á su señor tío.

SEBAST. Mil gracias.

PEDRO. Enrique acaba de presentarnos. Pues sí señor. Aquí tiene usted á mi familia. (Por Rosario y Mercedes.)

SEBAST. ¡Me alegro mucho!

PEDRO. Dos días hace que se casaron.

ROSARIO. (Este tío va á echarlo á perder.)

SEBAST. ¿Dos dias? (¿Quién se habrá casado?)

PEDRO. ¡Y yo sin saber nada!

SEBAST. ¿Usted no sabía nada? ¡Hombre, hombre!

PEDRO. (Por Enrique.) Este tunante ni me avisó siquiera.

SEBAST. ¡Ah! ¡Usted debió avisarle!
ENR. ¡Eso es!
ANDRES. ¡Justo, debió avisarle!
ROSARIO. Pero no le avisó.

ESCENA XVIII

DICHOS y la CRIADA por la segunda de la derecha.

CRIADA. El señor Juez monicipal.
TODOS. ¡El Juez!
ANDRES. (Cayendo sobre doña Rosario medio desmayado.) ¡María Santísima!
ROSARIO. ¡No se caiga usted, hombre!
CRIADA. (Asomándose á la segunda puerta de la izquierda.) Señorito, aquí está el monicipal.
SEBAST. (Á Enrique.) ¡Vamos! Al fin llegó la hora. (Dándole la mano.)
PEDRO. (Á Andrés.) ¡Vamos! Ya va usted á ser dichoso. (Id.)

ESCENA XIX

DICHOS, ANICETO, DOÑA JACINTA y PEPITA; luégo el JUEZ y el SECRETARIO

ANIC. El Juez. ¿Dónde está?
JUEZ. ¡Señores!
ANIC. Pasa, primo mío. Presento á ustedes al señor Juez, mi primo.
JUEZ. Dispensen ustedes si me he retrasado algo...
ANIC. Los chicos estaban impacientes.
JUEZ. Pues no hay tiempo que perder. (El Juez y el Secretario se sientan á la deracha cerca del velador.)
JACINTA. ¡Pobre hija mía de mi corazón!
ROSARIO. ¿Por qué llora usted?
JACINTA. ¡Porque se casa!
ROSARIO. Pues debía usted estar loca de gusto.
ENR. (Á Rosario.) ¿Mucho cuidado, eh?

ROSARIO. ¡Bueno, bueno!

ANIC. Pero siéntense ustedes con franqueza. (Todos se sientan, hablando mucho mientras lo hacen. Cerca del velador, Pepita, Andrés y Enrique. Doña Rosario al lado del piano y Mercedes junto al balcón, á la izquierda. Pedro y Sebastián próximos al piano; pero no muy cerca. Aniceto en el centro de la escena.)

JUEZ. ¿Estamos?

ANIC. Silencio, señores; un poquito de silencio.

ANDRES. (Me van á dividir.)

JUEZ. ¿Se hallan todos sentados?

ANIC. Todos.

TODOS. Sí, señor.

JUEZ. (Levantándose.) Bueno. Levántense ustedes. (Lo hacen.)

ROSARIO. Pues no valía la pena de sentarse.

JUEZ. Antes de proceder á la ceremonia, voy á leer varios artículos sobre los derechos y deberes de los esposos. Siéntense ustedes. (Lo hacen. El Juez abre el Código y lee.) «Los esposos se deben mútuo respeto y obediencia.

ANIC. (Á Jacinta.) Ya lo oyes.

TODOS. ¡Chist! ¡Silencio!

JUEZ. «Los esposos deben habitar bajo el mismo techo.»

ROSARIO. ¡Naturalmente!

TODOS. ¡Silencio! ¡Chist!

JUEZ. «Los esposos...» Creo inútil extenderme en la lectura de estos artículos.

TODOS. Sí, sí. Adelante, adelante. (El Juez se sienta. El Secretario se levanta y lee en el contrato de boda.) «En la villa de Madrid y en el día 20 de Diciembre de 1874, comparecieron de una parte...»

JUEZ. Creo inútil que sigamos leyendo esto.

TODOS. Sí, sí, adelante.

SECRET. «Presentados en debida forma los documentos que acreditan el consentimiento de los padres...»

JUEZ. Creo inútil seguir leyendo...

TODOS. Pase usted, pase usted.

SECRET. «Evacuadas todas las diligencias que prescribe la ley para...»

JUEZ. Creo inutil esta lectura.

ROSARIO. (Para este hombre todo es inútil.)

JUEZ. Voy á dirigir á los novios las preguntas de costumbre. Levántense ustedes. (Todos lo hacen.)

ROSARIO. (¿Otra vez?)

JUEZ. Don Arístides Juan Luis Nepomuceno Andrés Godoy... (Al llegar el Juez á la palabra *Luis*, doña Rosario da un grito agudísimo y cae en su silla medio desmayada. Todos se acercan á ella presurosos, y preguntando lo que el diálogo indica, por manera que los nombres *Nepomuceno*, *Andrés Godoy*, que el Juez pronuncia, no llegan á oídos de nadie.)

ROSARIO. ¡Ay!

TODOS. (Acercándose.) ¿Qué es eso? ¿Qué le ha dado á usted? ¿Se ha puesto usted enferma?

ROSARIO. Son los nervios. Estas convulsiones me dan muy á menudo. Pero ya pasó, ya pasó.

ANIC. Esto no es nada. Adelante. Sigamos. (Todos ocupan su puesto.)

JUEZ. (Continuando.) ¿Acepta por legítima esposa á la señorita doña María de la Asunción Josefa Sampelayo?

ENR. Sí, señor; está dispuesto.

JUEZ. (Mirando á Andrés.) Tiene que decirlo.

ANDRES. Está, está.

ENR. Está, sí, señor, está.

JUEZ. Es la fórmula. Continúo. ¿La señorita doña María de la Asunción Josefa Sampelayo, acepta por legítimo esposo á don Arístides Juan Luis Nepomuceno Andrés Godoy? (Al pronunciar el Juez el nombre de *Luis*, da Rosario con ambas manos sobre el teclado del piano, como si le hubiese vuelto á dar la convulsión. Enrique pega con las tenazas contra la plancha de la chimenea, y Mercedes da con fuerza en los cristales del balcón. Como antes, todos hablan, y los últimos nombres no se oyen.)

ANIC. ¿Qué ocurre?

TODOS. ¿Qué pasa?

ROSARIO. ¡El ataque! ¡Otra vez el ataque!

ANIC. ¡Pues vaya un vicio!

ROSARIO. Ya pasó, ya pasó.

ANIC. Por fortuna le pasa pronto. Adelante. Sigan ustedes. (El orden se restablece.)

TODOS. ¡Chist! ¡Slencio!

JUEZ. Conteste usted. (A Pepita.)

JACINTA. Dí que sí, hija mía.

PEPITA. Sí, mamá.

JUEZ. Diga usted sí solo.

PEPITA. Sí solo.

JUEZ. Diga usted sí.

PEPITA. Sí.

JUEZ. Eso es.

PEPITA. Eso es.

JUEZ. Ahora que firmen los novios y los testigos.

ROSARIO. (Llamando.) ¡Don Sebastián!

SEBAST. ¡Señora!

ROSARIO. Un instante. (Sebastián se acerca á Rosario á la izquierda. Todos rodean la mesa mientras, y Andrés y Pepita firman, como así mismo Enrique.)

ENR. (A Andrés.) Firma ahora. De prisa.

ROSARIO. ¿Qué le ha parecido á usted esto?

SEBAST. Muy bien.

ROSARIO. ¿Ha visto usted cómo se casa la gente?

SEBAST. Lo tengo visto, señora. Yo me he casado tres veces.

ENR. (Á Andrés.) ¿Qué tal?

ANDRES. Que no me llega la camisa al cuerpo.

ANIC. Y ahora al bufet. Pasen ustedes: señor Juez, un refresquito; señor Secretario...

JUEZ. Voy en seguida. (Vanse el Juez y el Secretario.)

PEDRO y SEBAST. (Á Enrique y Andrés dándoles la mano.) ¡Que sea enhorabuena!

ANIC. ¡Un momento! (Á los demás.) Abracemos todos á los recién casados y bendigámosles. Primero á mi hija. (Todos la abrazan.)

JACINTA. ¡Ya no hay remedio!

ANIC. Y ahora al novio; primero su tío.

ENR. (No conté yo con los abrazos.)

PEDRO. (Á Sebastián.) Vamos, abrácelo usted. (Cada cual se halla colocado en un extremo. Pedro á la izquierda, Sebastián á la derecha.)

SEBAST. ¡No, no! Á usted le toca.

PEDRO. Su tío primero.

SEBAST. Justo: primero su tío.

ANIC. (Á Sebastián.) Ande usted, hombre.

SEBAST. Bueno, es igual. (Abrazando á Enrique, que se halla en el centro al lado de Andrés.) ¡Que sea usted dichoso!

ANIC. ¿Qué hace usted?

SEBAST. Abrazarlo.

PEDRO. ¿Á mi sobrino?

SEBAST. Naturalmente. (Vuelve á ocupar la derecha.)

PEDRO. ¡Pero si es el de usted!

SEBAST. No señor; el de usted.

PEDRO. ¡El mío se casó ya con esta señora! (Mercedes.)

SEBAST. No señor; se ha casado hoy con ésta. (Pepita.)

ANIC. ¿Con mi hija?

ENR. (Á Andrés.) Creo que debemos cantar la palinodia. (Yendo á colocarse cerca de su tío.)

ANDRES. No hay más remedio. (Va cerca del suyo.)

ANIC. ¿Pero señores, estamos locos?

ANDRES. (Arrodillándose cerca de Sebastián.) ¡Tío, yo me he casado!

ENR. (Id. á Pedro.) ¡Tío, yo no me he casado!

SEBAST. ¿Eh?

PEDRO. ¿Qué oigo?

ANDRES. Yo soy el marido de Pepita.

ENR. Yo no soy el marido de Mercedes.

PEDRO. ¡Caracoles!

SEBAST. ¿Me has engañado, pillo? ¡Te voy á romper algo! (Cogiendo una silla. Gran confusión. Se interponen entre los tíos y sobrinos.)

ANIC. ¡No le rompa usted nada hasta mañana!

PEDRO. ¡Se ha burlado de mí! ¡Continúa célibe!

SEBAST. ¡Te abandono, te deshéredo!

ROSARIO. Vamos, don Sebastián, don Pedro, no sean ustedes in-

civiles. La vocación de sus sobrinos exigía esto, y nadie debe ir contra la vocación.

ANDRES. (*Cogiendo á Pepita de la mano.*) Véala usted. Ya no tiene remedio.

SEBAST. ¡Casado! ¡Casado! (*Va á pegarle. Andrés huye á un extremo.*)

JACINTA. ¿Pero no lo ha oído usted, hombre de Dios?

SEBAST. ¡Si había un ruído de mil demonios!

ROSARIO. Es verdad. Con aquel ruído no se oyó nada.

SEBAST. (*A Pedro.*) ¿Qué hacemos?

PEDRO. ¡Fastidiarnos!

SEBAST. ¿Usted lo perdona?

PEDRO. ¿Y usted?

ROSARIO. ¡Ya lo creo! ¡Si á los dos se les cae la baba!

ENR. y ANDRES. (*Abrazándoles.*) ¡Querido tío!

ANIC. No se hable más del asunto. ¡A la mesa!

PEDRO. (*Por Mercedes.*) ¡Qué lástima! ¡Una niña tan guapa!

ROSARIO. ¡Y tan hacendosa!

PEDRO. Creerla mi sobrina, y de pronto...

ENR. ¡Quién sabe! A veces lo que uno no siente en un año lo siente en un minuto.

ROSARIO. ¿Cómo? ¿Ha sentido usted algo?

ENR. Algo que puede hacer feliz á mi tío.

PEDRO. ¿De veras?

MERC. ¡Don Enrique!

ROSARIO. (A este le pescamos. Ya no hay remedio.)

ANDRES. (*Al público.*)

Al fin salgo de este lío,
y ahora en tu perdón confío
con todo mi corazón;
porque más que el de mi tío,
me hace falta tu perdón.

FIN DEL JUGUETE

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

¡No me siga usted! Comedia original en un acto.
El viejo Telémaco. Zarzuela original en dos actos.
Sensitiva. Zarzuela original en dos actos.
El violinista. Zarzuela en un acto.
¡Adios mi dinero!. Zarzuela en un acto.
La vida en un tris. Zarzuela en un acto.
Las multas de Timoteo. Comedia en un acto.
Descarga de artilleria. Comedia original en un acto.
Por huir del vecino. Juguete cómico original en un acto.
Pirlimpimpin 1.° Zarzuela bufo-fantástica en dos actos.
Lola. Zarzuela en dos actos.
Se dan casos. Zarzuela original en un acto.
Un nuevo Quintiliano. Comedia original en un acto.
La copa de plata. Zarzuela en dos actos.
Lo sé todo. Juguete cómico en dos actos.
Fausto. Parodia en dos actos (de la óp.)
La casa de locos. Zarzuela original en un acto.
Dar en el blanco. Comedia original en tres actos.
Me es igual. Juguete cómico original en un acto.
El forastero. Juguete cómico original en tres actos.
El fogon y el ministerio. Juguete cómico en un acto.
Valiente amigo! Juguete en dos actos.
La ley del mundo. Comedia en tres actos.
Las cerezas. Juguete cómico original en tres actos.
Compuesto y sin novia. Zarzuela cómica en tres actos.
Arda Troya. Juguete cómico original en tres actos.
La dulce alianza. Juguete cómico en tres actos.
La gacetilla del año. Revista original en un acto.
Los dominós blancos. Comedia en tres actos.
El año sin juicio. Revista original.
Cambiar de colores. Comedia en un acto.
El doctor Ox. Zarzuela en tres actos y seis cuadros.
Los Madriles. Zarzuela original en dos actos.
Amapola. Zarzuela cómica en tres actos.
El Chiquitin de la casa. Comedia en tres actos.
El empresario de Valdemorillo. Zarzuela original en dos actos. (Segunda parte de los Madriles.)
El diablo cojuelo. Revista original en tres actos.
Esto, lo otro y lo de más allá. Revista original en un acto.
El dinero en la mano. Comedia en dos actos.
El caballo blanco. Juguete cómico en dos actos.
Historias y cuentos. Zarzuela original en dos actos.
Las dos princesas. Zarzuela en tres actos.
Dimes y diretes. Juguete cómico en un acto.
El pañuelo de yerbas Zarzuela cómica en dos actos.
Odieme usted, caballero! Juguete cómico en dos actos.

DOS HUÉRFANAS. Zarzuela en tres actos, siete cuadros.
¡¡YA SOMOS TRES!! Juguete cómico-lírico original en un acto.
¡Á SANGRE Y FUEGO! Juguete cómico-lírico en un acto.
EL CORREGIDOR DE ALMAGRO. Zarzuela cómica en tres actos.
¡AQUÍ, LEON! Juguete cómico-lírico en un acto.
EL ESPEJO. Comedia original en tres actos
ARMAS AL HOMBRO. Juguete cómico-lírico en un acto.
¡EH! ¡Á LA PLAZA! Revista original en un acto.
LIBRE Y SIN COSTAS. Juguete cómico en un acto.
LAS TRES JAQUECAS. Comedia en tres actos.
VIAJE Á SUIZA. Veraneo cómico-lírico en tres actos.
EL PAIS DE LAS GANGAS. Revista original en un acto.
LAS MIL Y UNA NOCHES. Cuento fantástico orignal en tres actos.
CURARSE EN SALUD. Proverbio en dos actos.
LA MISA DEL GALLO. Apropósito cómico-lírico original en un acto.
ELLOS Y NOSOTROS. Cuadro cómico-lírico original en un acto.
MADRID—ZARAGOZA—ALICANTE. Juguete cómico en nu acte.
LA TABERNA. Melodrama en tres actos.
LA COLA DEL GATO. Comedia de mágia en tres actos.
PARA CASA DE LOS PADRES. Juguete cómico-lírico en un acto.
VESTIRSE DE LARGO. Juguete original en un acto.
LA DUCHA. Juguete cómico original en tres actos.
LA FERIA DE SAN LORENZO. Zarzuela cómica en tres actos.
AGUA Y CUERNOS. Apropósito en un acto original.
EL MILAGRO DE LA VÍRGEN. Zarzuela original en tres actos.
LOS FUSILEROS. Zarzuela en tres actos.
LA DIVA. Zarzuela en un acto y dos cuadros.
NINICHE. Opereta cómica en dos actos.
MÚSICA! ¡MÚSICA! Opereta en un acto.
CASTILLOS EN EL AIRE. Zarzuela en dos actos.
LA VIDA MADRILEÑA. Zarzuela en unacto ydos cuadros.
JUEGOS ICARIOS. Zarzuela cómica en un acto.
Á CASA CON MI PAPÁ. Comedia en tres actos.
EL TEATRO NUEVO. Pasillo en un acto.
LA FIESTA DE LA GRAN VÍA. Revista cómica-lírica-original.
YO Y MI MAMÁ. Apropósito en un acto.
TIPLE EN PUERTA. Juguete cómico-lírico en un acto.
20 CÉNTIMOS. Juguete cómico en tres actos.
AGUAS AZOTADAS. Juguete cómico-lírico en un acto.
MAM'ZELLE NITOUCHE. Zarzuela en dos actos.
ODETTE. Drama en tres actos..
EXPOSICION UNIVERSAL. Revista original en un acto.
¡MI MISMA CARA! Juguete cómico original en un acto.
UN CRIMEN MISTERIOSO. Juguete cómico en un acto.
20 CÉNTIMOS. Juguete cómico en dos actos y tres cuadros.
LA DUCHA. Refundida en dos actos.
EL COCODRILO. Zarzuela en dos actos.
SIN EMBARGO. Juguete cómico original en un acto.
¿QUIÉN SE CASA? Juguete cómico en dos actos

PUNTOS DE VENTA

MADRID.

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, 2; de *D. Antonio de San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado*, Esparteros, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y Compañía*, calle de las Infantas, 18; de *D. Hermenegildo Valeriano*, Horno de la Mata, 3; y de los *Sres. Escribano y Echevarría*, Plaza del Ángel, 12.

PROVINCIAS Y EXTRANJERO.

En casa de los corresponsales de la Administración.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin lo cual no serán servidos.